

OCTUBRE MISIONERO CLARETIANO 2010

● 3 octubre: Domingo XXVII del Tiempo Ordinario, ciclo C.

Comentario

«¡Si tuvierais fe...»

Damos inicio al Octubre Misionero Claretiano de este año destacando una de las sentencias que el apóstol San Pablo formula en su carta a Timoteo: «*Toma parte en los duros trabajos del Evangelio, según la fuerza de Dios*». La exhortación de Pablo trasciende sus vínculos personales con Timoteo; es, de hecho, una invitación vehemente para todos los lectores de su escrito, para todos los creyentes a lo largo del tiempo y, especialmente, para todos los que compartimos un carisma misionero. Vivir y comunicar el Evangelio sigue siendo, como lo ha sido desde sus inicios, un trabajo arduo y difícil. Por ello el apóstol puntualiza que la fuerza para llevar a cabo esta empresa, que forma parte de la vocación fundamental de la Iglesia, procede de Dios. Es más, él mismo explica y traduce con otras palabras el sentido profundo de su mandato: «*Vive con fe y amor en Cristo Jesús*». Tomar parte en el Evangelio no es, primordialmente, hacer o decir cosas. Es, antes que nada, vivir con fe y amar a Cristo. Nuestra vida como cristianos es ya el primer anuncio de nuestro mensaje.

Vivir el evangelio en el mundo actual no es, ciertamente, un cometido sencillo. Los amargos interrogantes que brotan del corazón del profeta Habacuc no han perdido un ápice de su fuerza e intensidad, a pesar del paso de los siglos. Como él, también nosotros, llamados a inaugurar los senderos del siglo XXI, seguimos preguntando con dolor e indignación a Dios: «¿Hasta cuándo?», «¿por qué?». ¿Hasta cuándo tanta penuria, injusticia y sufrimiento? ¿Por qué tanta violencia, maldad y opresión? ¿Cómo es posible soportar en tales circunstancias el desconcertante silencio de Dios?: «¿Hasta cuándo clamaré, Señor, sin que me escuches?». La respuesta que el profeta obtiene de Dios alude a la debida perseverancia en la fe del justo, a pesar de todas las adversidades y dudas que plantea un escenario humano transido de violencia sin sentido. Dios va a implantar su justicia, aunque no es desvelado al profeta el cuándo y el cómo de tal intervención.

El oráculo profético adquiere para nosotros, sin embargo, un cumplimiento nuevo y pleno en Jesucristo. Dios ha actuado ya, de forma definitiva, en la persona de su Hijo. Por esta razón, la nuestra no es una mera espera pasiva y ciega en una futura y misteriosa acción divina. Aunque ni siquiera Jesús nos ha dado todas las respuestas a los tremendos enigmas que plantea el mal y el sufrimiento que anidan en este mundo, sí sabemos que la fe en Él, el amor a Él, es un poderosísimo germen de *transformación* de la sociedad, según los planes de Dios, pues «*si tuvierais fe como un granito de mostaza, diríais a esa morera: “Arráncate de raíz y plántate en el mar”. Y os obedecería*». Un gran creyente dijo en una ocasión que la palabra «imposible» debería estar desterrada del vocabulario cristiano. Ni siquiera deberíamos pronunciar la coletilla tan recurrente: «lo haré en la medida de mis posibilidades». Pues el motor que mueve esta corriente de transformación no depende primordialmente de nuestras fuerzas ni de nuestras posibilidades, sino que tiene su origen en Dios. Por eso Pablo nos recuerda insistentemente: «*Dios no nos ha dado un espíritu cobarde, sino un espíritu de energía, amor y buen juicio*».

Subsidio para la liturgia dominical

● Introducción

Este mes misionero comienza con un tema fundamental: la elección. Pero se la trata de un modo muy peculiar: como algo que ha de ser renovado. San Pablo invita a Timoteo, y con él a todos nosotros, a reavivar el don que recibió en un principio. Un don que nos puede reportar dificultades, como aparece en la primera lectura. A su vez es un don que no nos da derechos, Jesús lo dice claro en el Evangelio: somos siervos inútiles. Pero también un don poderoso capaz de mover incluso las montañas. ¿Cuál es la finalidad de este don? Dar testimonio de nuestro Señor, y hacerlo con toda la libertad del mundo, sin vergüenza, pues para guardar y transmitir este preciado depósito contamos con una gran ayuda: El Espíritu Santo.

PALABRA DE DIOS

► Lectura del libro de Habacuc (1, 2-3; 2, 2-4)

¿Hasta cuándo clamaré, Señor, sin que me escuches? ¿Te gritaré: "Violencia", sin que me salves? ¿Por qué me haces ver desgracias, me muestras trabajos, violencias y catástrofes, surgen luchas, se alzan contiendas?

El Señor me respondió así: "Escribe la visión, grábala en tablillas, de modo que se lea de corrido. La visión espera su momento, se acerca su término y no fallará; si tarda, espera, porque ha de llegar sin retrasarse. El injusto tiene el alma hinchada, pero el justo vivirá por su fe".

► Salmo responsorial (94)

Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor: "No endurezcáis vuestro corazón".

- Venid, aclamemos al Señor, demos vítores a la Roca que nos salva; entremos a su presencia dándole gracias, aclamándolo con cantos. R/.

- Entrad, postrémonos por tierra, bendiciendo al Señor, creador nuestro. Porque él es nuestro Dios, y nosotros su pueblo, el rebaño que él guía. R/.

- Ojalá escuchéis hoy su voz: "No endurezcáis el corazón como en Meribá, como el día de Masa en el desierto; cuando vuestros padres me pusieron a prueba y me tentaron, aunque habían visto mis obras." R/.

► Lectura de la 2ª carta del Apóstol San Pablo a Timoteo (1,6-8.13-14)

Querido hermano:

Reaviva el don de Dios, que recibiste cuando te impuse las manos; porque Dios no nos ha dado un espíritu cobarde, sino un espíritu de energía, amor y buen juicio. No te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor y de mí, su prisionero. Toma parte en los duros trabajos del Evangelio, según la fuerza de Dios. Ten delante la visión que yo te di con mis palabras sensatas y vive con fe y amor en Cristo Jesús. Guarda este precioso depósito con la ayuda del Espíritu Santo que habita en nosotros.

► Del Evangelio según San Lucas (17, 5-10)

En aquel tiempo, los apóstoles le pidieron al Señor: "Auméntanos la fe." El Señor contestó: "Si tuvierais fe como un granito de mostaza, diríais a esa morera: "Arráncate de raíz y plántate en el mar." Y os obedecería. Suponed que un criado vuestro trabaja como labrador o como pastor; cuando vuelve del campo, ¿quién de vosotros le dice: "En seguida, ven y ponte a la mesa"? ¿No le diréis: 'Prepárame de cenar, cíñete y sírvenme mientras como y bebo, y después comerás y beberás tú'? ¿Tenéis que estar agradecidos al criado porque ha hecho lo mandado? Lo mismo vosotros: cuando hayáis hecho todo lo mandado, decid: "Somos unos pobres siervos, hemos hecho lo que teníamos que hacer."

Orientaciones para la celebración

► Tema central

Reavivar la elección de Dios y ofrecerla a los demás con la ayuda del Espíritu Santo.

► Propuesta de homilía

Hace unos años se pusieron de moda los “casting” en televisión. Eran una serie de programas, que todavía continúan, que comenzaban con una gran selección de personas para acudir al programa. Estos se eligen por sus cualidades, por ejemplo, si se espera que canten, se escogen los que tienen mejor voz. A los participantes no se los deja solos, sino que se les ofrece una formación para que puedan desempeñar bien su tarea, bien sea clases de canto o baile, o bien expresión corporal u otras capacidades válidas para actuar ante un público. Y a todos ellos también se les proponía una meta, un premio al ganar la selección a la que se enfrentan, ya que sólo uno será el vencedor.

La gracia de Dios que nos presenta san Pablo es semejante a uno de estos casting. Comenzamos siendo elegidos, aunque no por nuestras cualidades, sino por amor. A Dios no les importan nuestras cualidades: esas nos las regala Él mismo. En un segundo momento también se nos pide que saquemos provecho a las habilidades que se entrega a los elegidos, no es algo pasivo, es todo un reto en el que vamos a tener que esforzarnos todo lo que podamos. San Pablo nos lo dice de una manera muy curiosa, pues nos pide que nos esforcemos para *reavivar la gracia de Dios*. Pero, igual que en el casting se ofrecía una ayuda para sacar provecho a sus cualidades, nosotros también tenemos un buen entrenamiento. Para ello recibimos como entrenador al Espíritu Santo, Él tendrá cuidado para hacer que nuestro esfuerzo esté bien encauzado y dé fruto. ¿Cuál es el fruto que esperamos? ¿Cuál nuestra meta? La valentía para anunciar el Evangelio. San Pablo nos lo indica diciendo que no nos *avergonzemos de dar testimonio de nuestro Señor*.

Vamos a ahondar un poco más en esta meta: el testimonio de nuestra fe. Es una tarea a dos fases. La primera es la que, siguiendo con el Apóstol, llamaríamos depósito y la otra es el testimonio en sí. Su relación es lógica: nadie puede dar lo que no tiene, por lo que primero tendremos que esforzarnos en “tener” a Dios en nuestro corazón para luego poder contagiarlo. No podemos pretender presentar a un desconocido o a un ausente... Por eso lo principal es *guardar este preciado depósito*. Si lo conseguimos, por supuesto con la ayuda del Espíritu Santo, mostrarlo a los demás sería sencillo. El P. Claret lo tenía muy claro: lo primero que había que hacer para anunciar el Evangelio era cuidar la oración, la Eucaristía; procurar que mi vida sea semejante a la de Jesús. Todo esto era para convertirse en un depósito de Jesús. De este modo, no sólo sus palabras, sino su misma vida se convierte en testimonio ya que contiene al mismo Dios dentro. El medio que se utilice para contagiar a Cristo es indiferente, pues si Él está presente será Él mismo quien nos sugiera cómo. Miremos la lectura del Profeta Habacuc donde Dios mismo le dice que utilice un método diferente: que escriba su mensaje.

Vamos a seguir fijándonos en el casting, que parece que ha quedado olvidado. Ya decíamos que a los seleccionados se les entrenaba. También indicábamos que eso mismo hacía el Espíritu Santo en nosotros. ¿Cuáles son las cualidades en las que nos entrena? ¿A dónde hemos de concentrar nuestro esfuerzo? En primer lugar recibimos tres grandes cualidades: fortaleza, amor y prudencia. Con estas podremos soportar el esfuerzo que supone prepararnos para dar testimonio hoy en día. Una vez recibidas estas cualidades, regalo del Espíritu Santo, hemos de centrarnos en la fe, la oración y la humildad. Jesús, en el Evangelio de hoy, nos habla de estas tres capacidades: para evitar confusiones nos hace caer en la cuenta de la fuerza que tiene la fe, que si fuera como el grano de mostaza ya tendría bastante fuerza como para hacer caminar a los árboles. La oración es la que hace que la fe sea viva, de hecho Jesús explica su poder después de que los discípulos le pidan que se la aumente; ¿acaso podría crecer nuestra fe sin pedírselo a Dios? Y la humildad, representada en los criados que simplemente reconocen cómo cumplen con su obligación, es la que nos lleva a no usurpar el lugar de Dios, a que Él siga siendo el centro.

Si dejamos que el Espíritu Santo nos dé sus dones y nos enseñe a utilizarlos, entonces llevaremos a Cristo en nosotros y seremos elegidos para cumplir nuestra tarea: dar testimonio de Él.

LA MISA DE HOY

■ Ambientación

Bienvenidos a esta celebración. Hoy comenzamos un mes especialmente dedicado al anuncio del Evangelio, a las misiones y a los misioneros. Entre sus días tenemos algunos acontecimientos importantes: El pasado día uno fue el día de santa Teresa de Lisieux, patrona de las misiones, luego vendrán san Antonio M^a Claret y el día del Domund.

Le dedicamos todo este tiempo por un motivo concreto: porque la gran tarea que Jesús nos encomendó a los cristianos es dar testimonio de él. Nos quiere pequeños misioneros en nuestra casa. Y esta misión comienza siendo conscientes de su llamada. Vamos a dedicar el tiempo de esta Eucaristía a esto: a reavivar nuestra llamada, a abrirle a Dios nuestras puertas para que se acerque a nuestro corazón y podamos sentir su llamada y elección.

■ Monición a la Palabra de Dios

El centro de las lecturas de hoy lo encontramos en la fe. Una fe que el profeta Habacuc, en la primera lectura, tiene que anunciar entre injusticias. A su vez, Jesús nos dice que es tan fuerte que puede mover montañas. Pero sobre todo, como nos dice san Pablo, es una fe que tenemos que anunciar. Para esto tenemos que reavivar el don que hemos recibido de Dios de tal modo que superemos la vergüenza y la llevemos a todos.

Escuchemos con atención cómo es el don que Jesús nos ha dado cuando nos ha llamado a anunciarle.

■ Oración de los fieles

1ª.- Te pedimos, Señor, por el Papa, los obispos y los sacerdotes para que reciban la ayuda del Espíritu Santo y así sean auténticos testigos de tu amor. Roguemos al Señor.

2ª.- Acuérdate, Señor, de los misioneros para que aumente su fe y su amor a Dios y así puedan, con fortaleza y prudencia, presentar a tu Hijo Jesús a todos los que aún no le conocen. Roguemos al Señor.

3ª.- Mira especialmente, Jesús, a aquellas personas que se están planteando su futuro, para que en esa decisión tan importante te tengan en cuenta y busquen el bien de los demás. Roguemos al Señor.

4ª.- Cuida de un modo especial a aquellos a quienes llamas a anunciar tu Evangelio, para que reciban tu fuerza y así consigan enseñar tu mensaje a todos. Roguemos al Señor.

5ª.- Haz, Señor Jesús, que todos nosotros, que hemos recibido el regalo de tu fe, seamos capaces de dar testimonio de ésta ante los demás. Roguemos al Señor.

■ Monición final

Que esta Eucaristía sea un auténtico alimento para nuestra fe, salgamos, pues reforzados y orgullosos con el don que hemos recibido y dispuestos a anunciarlo a los demás.

